

nadas á salvar la libertad durante la infausta noche del 14 al 15. Fué uno tambien de los siete demócratas que entre 37 progresistas (es decir 44 diputados solamente) ocuparon su puesto hasta el último momento, despreciando la metralla y los cascos de granada que caian en el salon de sesiones del Congreso, y fué el último, que en union del diputado por Santander don Juan N. de la Torre, salió del palacio de las Córtes á las tres de la tarde del dia 15.

Por entonces fundó *El Pueblo*, en que con una cordura, sensatez y notable dignidad defendió con energía y elocuencia las doctrinas democráticas. Grande fué la merecida fama que en poco tiempo adquirió su periódico, y ni destierros, causas, multas y todo género de padecimientos entibiaron su fé ni hicieron vacilar su constancia.

Los sucesos del 22 de Junio le obligaron á refugiarse en Francia, á donde llegó el 27; pero el gobierno francés, usando entonces con los liberales emigrados una conducta harto diferente de la que hoy observa con los emigrados reaccionarios, hizo espulsar del territorio francés á García Ruiz, recibiendo, como el señor Aguirre, del ministro del Interior, Mr. Lavalette, un pasaporte *de pobre*. Marchó á Italia, y cuando esperaba en Roma al ménos el placer de visitar y estudiar la inmortal ciudad de los Césares, fué tambien espulsado á los cuatro dias por el intransigente gobierno pontificio. Entonces marchó á Bélgica, donde permaneció algun tiempo, pasando luego á París, y allí, aunque escrupulosamente vigilado, pudo vivir sin que se le molestase en lo más mínimo.

La revolucion de Setiembre abrió á García Ruiz las puertas de su patria, dejando, como él mismo suele decir, del otro lado del Vidasoa sus prevenciones, sus ódios y pasiones de partido, y trayendo consigo, aunque con la salud quebrantada y reducida su pequeña fortuna (de la que participaron sus compañeros de emigracion), un inmenso tesoro: el deseo ardiente y sincero de ver á su patria libre, grande, próspera y dichosa.

Ya en su patria, que veia por fin libre y en el camino de su regeneracion política y social, García Ruiz volvió á dar á luz su periódico. *El Pueblo* volvió á aparecer con general aceptacion, y volvió á ser lo que siempre habia sido, el ejemplo de la prensa política. Con dignidad, con notable imparcialidad y sin caer en las lamentables exajeraciones y demasías de algunos de los colegas de su mismo partido, admirado y respetado por sus mismos adversarios políticos, ha sostenido y sigue sosteniendo una noble y leal conduc-

ta en las luchas á que se presta la situacion de España.

Elegido diputado por Palencia, García Ruiz ha tomado asiento en la Cámara popular animado de los más nobles y patrióticos deseos.

¿Cuáles son estos deseos y aspiraciones de García Ruiz?

Nadie mejor que él mismo puede contestar á esta pregunta.

Hé aquí lo que ha dicho á sus electores y lo que estamos seguros que cumplirá:

«Quiero para ahora y para despues una política de expansion, no mezquina y estrecha; una política grande y fecunda, no ruin y de compadrazgo; una política de tolerancia y de justicia, no una política intransigente y brutal, para que esta ESPAÑA CON HONRA, por la que continuamente soñé cerca de tres años mortales en el destierro y en el extranjero, se eleve á la altura que le corresponde ocupar en los Consejos de Europa y del mundo, y al efecto ansío que se cuente con todos los hombres de buena voluntad, que todos son absolutamente necesarios para obra tan grandiosa y santa.

»Quiero reformas, pero grandes y radicales reformas, que la Revolucion no ha hecho más que iniciar y algunos ministros apenas han osado tomar en boca, y las quiero con tanta fé, con tanto teson que, sino se llevan á cabo, me retiraré á la vida privada, convencido tristemente de que sin ellas la Revolucion dejaria de ser tal, convirtiéndose en un estéril y ridículo *pronunciamento*. Soy español antes que todo, y si mi patria no ha de ser pobre, pequeña, desgarrada por facciones, infeliz y despreciada, es preciso acometer con valor indomable reformas que la engrandezcan y dignifiquen, que la regeneren y la enaltezcan, sin asustar, por supuesto, porque de ello no hay necesidad, á las clases conservadoras de la sociedad, de las cuales se necesita, como se necesita hoy más que nunca del capital extranjero, para que revivan nuestro comercio, nuestra industria y nuestra agricultura, dando á aquellas clases y á este capital el orden que nace del ejercicio legítimo y sereno de la libertad en todas sus manifestaciones.

»Y quiero todo esto, porque creo que es lo que necesita absolutamente mi patria; y quiero todo esto, porque por ello he sufrido en mi larga carrera política destierros, encarcelamientos, espatriaciones y dolores de todas clases, que si algunos... desdichados no saben agradecer, el pueblo que trabaja y los hombres sensatos de todos los partidos saben siquiera respetar.

»Mi más ardiente aspiracion es hoy impedir que se hunda la libertad, y trabajaré hasta donde mis fuerzas alcancen porque tan terrible calamidad no venga sobre mi patria, ni por la reaccion ni por los exajeradores de la Revolucion, ni por los borbónicos y fanáticos

ni por los que con nada están contentos, y es porque suponiéndolos buena fé, ni conocen nuestra historia, ni han estudiado el pueblo entre el cual viven, ni la época en que se encuentran, ni el punto luminoso tras de que marcha la actual sociedad en pos de su regeneración, que conseguirá á no dudarlo, aunque venciendo algunos obstáculos, si así lo queremos de veras los hombres animosos, de recto juicio y buena voluntad.»

Ante tan elocuentes palabras seria pálido todo cuanto nosotros quisiéramos decir.

D. Eugenio García Ruiz ha escrito también algunas obras que por sí solas hubieran bastado para sentar su fama de buen literato como buen político. El público ha hecho una brillante acogida á sus publicaciones, entre las que recordamos las siguientes: *Compendio de geografía antigua y moderna*, libro digno de aplauso y que revela sus profundos conocimientos; *Don Perrondo*, lindísima novela humorística que obtuvo un merecido éxito é hizo las delicias

de sus lectores; *Democracia, socialismo y comunismo*, obra política en que se estudian concienzudamente y con la mayor claridad estas diversas escuelas políticas; *La intolerancia religiosa y los hombres de la escuela absolutista*, folleto que hizo una profunda sensación en el público; y *Dios y el hombre*, obra filosófica política. Esta última obra, en la que desarrolla de un modo claro y elocuente las doctrinas democráticas, donde resuelve todos los problemas políticos y sociales, bastaría solo para hacer la reputación del señor García Ruiz. En dicha obra da una prueba irrefutable de su buen juicio y de sus vastísimos conocimientos en historia, jurisprudencia, religión, economía política y en ciencias.

García Ruiz, el modelo de los republicanos, el hombre cuya vida pública es intachable, será siempre querido y respetado de todos cuantos le conozcan.



## D. MANUEL BECERRA.

Segun el dicho de un célebre historiador, «las épocas revolucionarias son tiempos de prueba y de tribulacion para los hombres y las reputaciones.» Verdad innegable, pues son generalmente esas épocas tiempos de amargos desengaños para los hombres ambiciosos, y de ruina inevitable para las reputaciones usurpadas, dias de gloria para las ambiciones legítimas y dias de justicia para las reputaciones merecidas.

Rara vez las revoluciones dejan de tener por causa y origen un principio grande y generoso, una aspiracion noble y patriótica, un puro deseo de felicidad general; por esto las revoluciones que en la justicia se fundan son grandes, generosas, nobles y patrióticas; el hábito de la pasion las empañaria, la sombra de la venganza oscureceria su brillo; las mezquinas cuestiones de interés personal las empequeñecerian, y sus resultados serian entonces contrarios al fin y deseo apetecidos.

Las revoluciones nacidas de un sentimiento grande y noble, como lo es el amor á la patria, á su honra y á su prosperidad, llevan en su seno la seguridad del triunfo, si solo las guian hombres de elevado corazon y de probado patriotismo.

Los esforzados campeones de la buena causa, los que esponen su vida, su porvenir y su fortuna por la libertad de su patria, los que solamente son guiados por la pureza de las doctrinas, jamás hacen alarde ni mencion de sus méritos; jamás buscan ocasiones para recordar sus servicios, y todos sus sacrificios, todos sus actos de valor y de abnegacion los atribuyen siempre al estricto cumplimiento de la ley del deber y á

las prescripciones de la conciencia. ¡Elocuente contraste con la conducta de tanta audaz medianía, panegirista de sus propios actos!

Para los hombres que á la constancia y valor reunen sentimientos tan puros é intenciones tan patrióticas, no hay riesgo invencible ni obstáculo insuperable. Si en el combate se empeñan, luchan con bravura; si el enemigo se rinde, lo respetan con nobleza; si son vencidos, lo soportan con enérgica resolucion. Si vencen, no buscan á los heraldos de la fama para que publiquen sus triunfos; no se presentan á la multitud exigiendo una corona para su frente; por eso la multitud no los aclama, todo lo más pronuncia su nombre con respeto y satisfaccion; pero la historia recoge sus nombres con avidez; y día llegará en que la patria, que no puede ser ingrata con sus hijos, recompense cumplidamente sus servicios.

Tales son las consideraciones que han venido á nuestra mente al ocuparnos de D. Manuel Becerra.

Precisados á escribir su biografía con el solo auxilio de escasísimos datos, solo podremos apreciar sus actos más culminantes en las diferentes ocasiones en que D. Manuel Becerra ha figurado como hombre político.

El nombre de Becerra es popular en Madrid, donde más se ha distinguido siempre en ocasiones críticas y de peligro.

D. Manuel Becerra nació en Galicia de familia honrada y modesta, que le dió una regular educacion; desde jóven empezó Becerra á distinguirse por su género vivo é independiente y su carácter franco y decidido.

Jóven aun, y cuando ocurrieron los tristes aconte-

cimientos de Galicia, su país natal, Becerra tomó una parte muy activa en ellos, batiéndose como un veterano, y teniendo que abandonar su casa y su familia para poder salvar su vida.

Vino el año 1848 á llenar el colmo del sufrimiento que experimentaba el pueblo oprimido por las vejaciones que sufriera bajo el dominio de los hombres que habian jurado hacer su ventura. En Madrid se inició un alzamiento que, como todos los de su clase, robustecen más los gobiernos contra quienes se intenta, siempre que los resultados no corresponden al pensamiento de los que lo verifican.

Aquella desgraciada jornada no dió otro resultado que la efusion de preciosa sangre ofrecida en holocausto ante las aras de la libertad. Infinitas víctimas pagaron con la vida unas, con el destierro otras, el sacrosanto sentimiento que brotara en sus heroicos corazones.

D. Manuel Becerra tomó en dichos sucesos una parte muy notable, batiéndose denodadamente en defensa de sus ideas republicanas, y esponiendo en mil ocasiones su vida, vió, sin embargo, defraudadas las legítimas aspiraciones del partido liberal.

El gobierno se mostró inflexible hasta el encarnizamiento, no perdonando á los que más ó ménos directamente habian tomado parte en los sucesos, y ya se conciben las persecuciones y peligros que rodearian á D. Manuel Becerra.

Fugitivo y perseguido Becerra, no desmaya; fiel á sus opiniones, y constante en medio de las mayores decepciones, siguió propagando sus ideas y trabajando por la causa de la libertad.

Llegó la revolucion de 1854. El pueblo español habia experimentado todos los horrores de la más cruel tiranía. Aherrojado, escarnecido y vilipendiado era el ludibrio de la Europa, que le contemplaba con sarcástica mirada uncido al carro de los tiranos, que se gozaban en las ardientes lágrimas que su opresion hacia derramar; pero cansado de tanto sufrir, exaltado ante la idea de ser el juguete de tan estériles medianías, se alzó orgulloso aguijoneado por el sentimiento de su dignidad ofendida, y le bastaron solo tres dias para destruir las férreas ligaduras que once años estuvieron labrando sus opresores.

El pueblo no tenia armas, no tenia jefes para marchar al combate; pero eligió por jefe á su conciencia, y por armas las que le prestaban la fuerza de su dignidad escarnecida.

Lanzóse al frente del enemigo, y presentando su pecho desnudo, esperó á que el primer tiro dejase

vacía el arma fratricida para que su compañero se apoderase de ella y la convirtiese en arma de la libertad.

Solo de este modo consiguió armarse y oponer hierro al hierro.

Semejantes hechos confirman la gran máxima de uno de los héroes de nuestra historia moderna, que *los pueblos son libres, cuando quieren serlo.*

Armado el pueblo y dueño del campo, exhaló un grito: el de libertad.

Desde los primeros momentos de la revolucion estaba D. Manuel Becerra en la primera fila combatiendo al comun enemigo, y decidido más que nadie á no dejar escapar la favorable coyuntura que le presentaban los tiranos de su patria para asegurar el triunfo de sus ideas. En los dias de lucha, Becerra se batió en las calles de Madrid con arrojo, y dejó bien sentada su fama de valiente.

Pero la revolucion que tan bien habia comenzado fué torcida por aquellos á quienes no convenia que fuera tan lejos como esperaban los verdaderos revolucionarios.

La contra-revolucion de 1856 hizo perder todos los frutos del año 1854, y fué una leccion que el pueblo juró no olvidar.

Entonces fué cuando Becerra, herido en lo más hondo de su corazon, poseido de la más justa indignacion, se batió desesperadamente, y á haber habido muchos de igual temple y valor, la contra-revolucion no se hubiera efectuado.

En la plaza de Santo Domingo de Madrid sostuvo un encarnizado combate al frente del célebre tercer batallon de Ligeros, compuesto de hombres de ideas avanzadas y de probado valor. Pero sosteniendo un combate desigual, arrollado por fuerzas superiores en número, y habiendo perdido mucha gente de la que con él combatia, tuvo que ceder á tan fatales circunstancias, y despechado vió perdido el fruto de tanta sangre y sufrimientos.

La situacion creada en 1856 obligó á Becerra á espatriarse, y en la emigracion vivió hasta que la revolucion de Setiembre le abrió las puertas de su patria.

D. Manuel Becerra, durante su larga emigracion, vivió dando lecciones de matemáticas, en cuya ciencia es distinguido profesor, y trabajando en cuanto estaba de su mano para contribuir al éxito de la revolucion que debia regenerar á España.

Cumplidos ya todos sus deseos, viendo á su patria libre y en el camino de su felicidad, D. Manuel Be-



cerra, que solo en los momentos de peligro exhibe su persona, volvió á su modesta vida, y se dedicó otra vez á la enseñanza de las ciencias exactas.

Pero hombres de esta clase no son olvidados nunca, y Madrid, que vió su valor y patriotismo, y Lugo, que le vió nacer, le dieron sus votos para que en la Asamblea Constituyente defendiese sus derechos y la causa de la libertad.

El pueblo de Madrid ademas le ha hecho uno de sus alcaldes, en cuyo cargo está conquistando universales muestras de aprobacion por su conducta ejemplar y el loable desempeño de la ímproba tarea que se ha impuesto al querer cumplir rigurosamente todos los deberes que su cargo le imponen.

Hay nombres en la historia contemporánea de las libertades españolas, que son emblema glorioso para nuestra patria, símbolo de abnegacion, de virtudes cívicas, de firmeza de carácter y de probado patriotismo.

Las graves crisis porque atraviesa un pueblo al verse dominado por la más odiosa tiranía, traen como

consecuencia inmediata la aparicion en la escena pública de esos hombres necesarios para las revoluciones, y á quienes la Providencia señala una senda de sacrificios por la causa del pueblo; hombres que sufren y reciben el martirio como brillante corona que les enaltece, y que juzgan como un sagrado deber la defensa de la libertad. Su vida es una série de terribles pruebas, de amargos desengaños; pero en su conciencia llevan la tranquilidad del que obra bien, y el dulce premio de los que no faltan á sus convicciones.

Estos hombres se distinguen lo mismo en el campo de batalla, que al frente de los cargos populares, desde donde tanto bien pueden hacer á la causa que defienden.

En el número de estos hombres se cuenta el señor D. Manuel Becerra. Su vida es una prueba de lo que hemos dicho, y sus actos demuestran que no son exageradas nuestras palabras.

D. Manuel Becerra, como hombre político y como honrado ciudadano, es digno de la general simpatía.

# D. FRANCISCO SERRANO Y DOMINGUEZ.

Vamos á ocuparnos de la principal figura de la España moderna, del hombre que con su valor y energía ha contribuido á la regeneracion de la patria. La sola descripcion de los hechos del duque de la Torre forma una página brillante de nuestra historia contemporánea. El nombre del general Serrano está en todos los lábios y en todos los corazones. Europa entera tiene hoy fijas sus miradas en el vencedor de Alcolea, y España contará de hoy más entre sus héroes y salvadores al duque de la Torre.

Pasemos, pues, á examinar su vida militar y política, y en la imparcialidad que nos sirve de norma en la redaccion de nuestra obra, examinaremos y juzgaremos luego sus actos políticos.

## I.

D. Francisco Serrano y Dominguez nació en la isla de Leon, provincia de Cádiz, el dia 17 de Octubre de 1810. Hijo de militar, desde luego pensaron sus padres que siguiera la carrera de las armas. D. Francisco Serrano y Cuenca, su padre, hizo su carrera y mandó varios cuerpos en la gloriosa guerra de la Independencia y llegó á mariscal de campo, teniendo la gloria de enseñar á su hijo en los últimos combates contra las huestes de D. Carlos y de conducirle por la senda del honor.

Empezó Serrano sus estudios en Vergara, donde

demonstró esa infatigable actividad que le distinguió siempre en lo sucesivo.

En 17 de Setiembre de 1822 vistió por primera vez el honroso uniforme militar, y estrenó los cordones de cadete. En 8 de Diciembre de 1825 obtuvo el grado de alférez; pero el reconocido liberalismo de su padre y la franqueza con que el jóven alférez se adhirió á estas ideas, fueron causa de que permaneciese indefinido hasta el año de 1828, y despues ilimitado hasta Octubre de 1830, en que fué nombrado subteniente del cuerpo de Carabineros de costas y fronteras, habiendo contraido grandes méritos en la persecucion de contrabandistas, y habiendo hecho presas de consideracion en el desempeño de su cargo. En 9 de Marzo de 1833 pasó al regimiento de coraceros de la Guardia real, con el cargo de portaestandarte. Entonces fué de servicio escoltando al infante D. Carlos que marchaba á Portugal, y que no habia de volver á España sino para encender una guerra fratricida y sangrienta, en la cual el jóven alférez que le escoltaba entonces habia de llegar á teniente general.

Encendida la guerra civil el año 1834 en las provincias del Norte, marchó Serrano á luchar por la causa liberal, obteniendo el cargo de ayudante de campo del general en jefe D. Francisco Espoz y Mina.

La guerra se estendia, los carlistas iban aumentando sus filas, y los batallones absolutistas pasaban



LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



F. SERRANO.



M. RUIZ ZORRILLA.



A. RIOS-ROSAS.

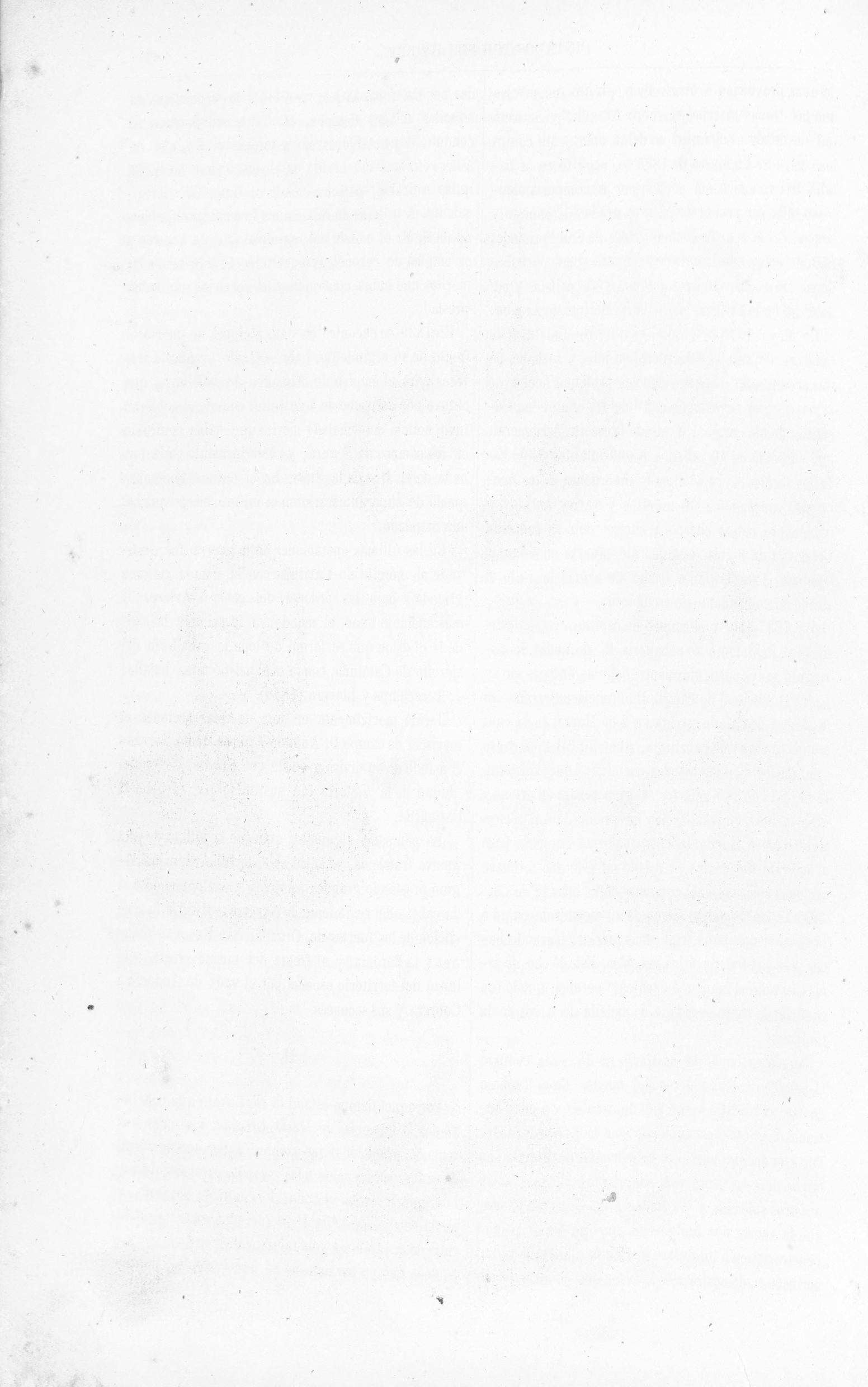


A. ROMERO ORTIZ.

CORTES

1869

CONSTITUYENTES





de unas provincias á otras. Bien pronto fué preciso que las tropas marchasen sobre Aragon, y Serrano fué destinado al ejército que debia operar allí contra los carlistas. En Marzo de 1835 se encontró en la batalla de Larramea, mereciendo por su comportamiento en ella, ser propuesto para el grado de capitán y concederle la cruz de primera clase de San Fernando. Siguió Serrano en la misma campaña dando pruebas de su valor y arrojo, persiguiendo á los carlistas y hallándose en la brillante jornada de Molina de Aragon.

En Mayo de 1836 pasó al ejército de Cataluña de ayudante de campo del general en jefe, y se halló en seis acciones de guerra, siendo el principal hecho de armas el que tuvo lugar el 10 de Diciembre en Caserras, donde cargó al frente de la escolta del general, que consistía en 40 caballos, á 600 infantes y 300 caballos facciosos, consiguiendo desordenar á los enemigos, causándoles 30 muertos y varios heridos, y habiéndose batido cuerpo á cuerpo con el cabecilla Capdevila de Figols, á quien dió muerte en singular combate. Este brillante hecho de armas le valió el grado de comandante de escuadron.

En 1837 obtuvo el empleo de capitán, y fué destinado al regimiento de caballería 2.º de línea. Se distinguió muy particularmente bajo las órdenes de su padre el mariscal de campo D. Francisco Serrano, en la accion de Calaf ocurrida en 8 de Marzo, en la cual mandó la carga de caballería, y con 70 caballos causó gran destrozo en las huestes enemigas, que sufrieron la pérdida de 200 muertos, y gran rebaja en armas y otros efectos. Por esta accion fué premiado con la efectividad de comandante de escuadron. Entonces pasó al ejército del centro, y asistió en este año á nueve acciones consecutivas, contando entre ellas la de Castelserás, en la cual, al frente de su escuadron, cargó á la faccion que tenia triplicadas fuerzas, logrando hacer 140 prisioneros á los rebeldes. Este hecho de armas le valió el empleo de teniente coronel, que le fué confirmado sobre el campo de batalla de Arcos de la Cantera.

Por despacho de 10 de Marzo de 38, se le confirió el empleo de teniente coronel mayor. En el discurso de este año asistió como jefe de caballería á once acciones de guerra, conduciéndose en todas con denuedo. Por esta época ocurrió el primer sitio de Morella, en cuyos dias se repitieron sangrientos choques entre nuestros soldados y los facciosos de Cabrera; y aunque la suerte nos fué adversa, por no haber podido penetrar el ejército de la reina en la plaza sitiada, no por esto se demostró ménos valor que en otras jorna-

das por las tropas leales; y en todos los encuentros de aquellos aciagos tiempos, D. Francisco Serrano se condujo con notable arrojo y serenidad. En una de estas refriegas fué herido en el brazo derecho, y no quiso retirarse, permaneciendo al frente de su regimiento. A últimos de Noviembre le confirió el gobierno de S. M. el mando del regimiento 6.º de Ligeros y el empleo de coronel, remunerando de este modo los méritos que habia contraido y los servicios que habia prestado.

En 1839 se encontró en siete acciones de guerra al frente de su regimiento, habiendo sido propuesto tres veces para el empleo de brigadier de caballería, que obtuvo por despacho de 4 de Julio, cuando el gobierno tuvo noticia del señalado mérito que habia contraido en los campos de Segura, y posteriormente en la jornada de la Hoz de la Vieja. En el mes de Setiembre quedó de supernumerario en el mismo cuerpo que habia mandado.

En las últimas operaciones de la guerra fué destinado al ejército de Cataluña con el mando de una brigada y bajo las órdenes del general Azpiroz; y más adelante tomó el mando de la primera brigada de la division que se formó de toda la caballería del ejército de Cataluña, con la cual asistió á las batallas de Peracamps y Llovera (1840).

Herido mortalmente en una de estas acciones el mariscal de campo D. Antonio Azpiroz, tomó Serrano el mando de su division, hasta que por disposicion del duque de la Victoria fué sustituido por el general Castañeda.

La campaña siguiente, que fué la última de esta guerra fratricida, se abrió en 4 de Julio. Serrano siguió prestando grandes servicios y distinguiéndose á la cabeza del regimiento de Navarra; asistió á la rendicion de los fuertes de Organá, San Honorat, Olia-vez y la Baronía, y al frente del mismo regimiento lanzó del territorio español por el valle de Andorra á Cabrera y sus secuaces.

## II.

Por aquel tiempo estalló la revolucion que concluyó con la regencia de María Cristina, y se creó una regencia provisional que nombró á Serrano mariscal de campo, en atencion á los servicios prestados durante la guerra en los ejércitos del centro y Cataluña, y en 31 de Diciembre de 1840 fué nombrado segundo cabo de la capitanía general de Valencia.

Poco tiempo permaneció en aquel empleo, porque

debiendo reunirse las Córtes para resolver la cuestion de la regencia y otros asuntos importantes, y habiendo sido elegido diputado por Málaga, se presentó en Madrid á ejercer su cargo.

Todos sabemos que la cuestion de poder dividió profundamente aquel Parlamento, que se presentó tan unido y compacto. Esta cuestion fué el nombramiento de regencia, en la cual los partidarios de la única y de la trina se batieron desesperadamente. Venció por fin Espartero.

Serrano le dió su voto.

Por el mes de Octubre de 1841 estalló una insurreccion para derribar el poder del regente. Serrano tomó una parte muy activa en aquellos acontecimientos.

A muchas acusaciones ha dado lugar su conducta de aquella época; nosotros, imparciales, copiamos á continuacion la parte de la hoja de servicios del general Serrano que se refiere á aquellos acontecimientos. Dice así:

«En 10 de Octubre, hallándose con real licencia para restablecer su salud en la ciudad de Málaga, supo por el manifiesto de S. A. el regente del reino, los movimientos sediciosos de Pamplona, Bilbao y Vitoria, y á la media hora tomó la posta á la ligera presentándose en la córte á las cincuenta y tres horas, y saliendo á las treinta de su llegada mandando la primera division del ejército del Norte, llegó á Vitoria á marchas forzadas: desde dicho punto salió tambien en posta ligera por disposicion de S. A. el regente del reino á recibir sus órdenes en Tudela de Navarra, y fueron estas marchas con la division de vanguardia del citado ejército á la plaza de Barcelona, lo que verificó á marchas dobles, habiendo permanecido en aquel ejército hasta fin de año.»

El gobierno de Espartero salió victorioso en aquella ocasion. Sin embargo, los errores del regente, una intolerancia mal entendida, los rigores excesivos con generales que tanto se habian distinguido en las pasadas luchas, produjeron general descontento que estalló al mismo tiempo en el ejército y en varias provincias. Serrano, que sin duda vió en aquel movimiento la fiel expresion de la voluntad nacional, acudió á Barcelona donde se habia proclamado el ministerio Lopez.

Allí fué recibido el general Serrano con los brazos abiertos, especialmente por la gente del país, que empezaba á temer por las disposiciones de la Junta, y que deseaba que se pusiese al frente quien pudiese contener desmanes. No habiéndose presentado ningun otro miembro del gabinete, pues todos andaban escondidos ó fugitivos, fué investido el general Serrano

con el cargo de ministro universal, y empezó á funcionar como gobierno, tomando todas las disposiciones más á propósito para que la lucha concluyera pronto, y para que el voto de los pueblos se realizase sin demora. Así fué que, revestido de ámplios poderes, llamó á su lado á los demas individuos del gabinete, destituyó del elevado cargo de regente á D. Baldomero Espartero, concedió grados y obró con arreglo á las circunstancias, decretando y resolviendo cuanto mejor le parecia para conseguir el objeto que la nacion se habia propuesto.

En breves dias organizó un cuerpo de ejército, con el cual se dirigió á marchas forzadas á Madrid, ocupando al paso la plaza de Lérida.

Coincidió esta marcha con la retirada de Albacete en 8 de Julio, el bombardeo de Sevilla en 23, 24 y 28 del mismo mes, y por último, la ocupacion de Madrid y el embarque del regente. Así es que, apenas llegó Serrano á Madrid, reorganizó el Gobierno provisional, conservando el cargo de ministro de la Guerra, que desempeñó hasta el 29 de Noviembre que presentó su dimision, y se quedó de cuartel en Madrid.

En 1844 se negó á admitir el empleo de Inspector general de caballería; en Agosto de 1845 fué nombrado senador, y en Octubre de 1847 capitán general de Granada, cuyo mando dimitió el 7 de Agosto de 1848, retirándose de resultas de los acontecimientos de aquel año, á Arjona, provincia de Jaen, donde tenia algunas posesiones, y donde vivió algun tiempo alejado sin ocuparse de la política.

### III.

Desde 1849 á 1853, retirado completamente de la política, se dedicó á viajar por diferentes países de Europa, especialmente por Prusia, nacion militar por excelencia, cuya organizacion estudió el general Serrano con la mayor minuciosidad, comparándola con la nuestra, y observando las aplicaciones que podian convenir á nuestro sistema.

Abortada la reforma de Bravo Murillo y aumentándose el descontento producido por la mala administracion de los gobiernos que le sucedieron, Serrano se presentó en el Senado haciendo una franca oposicion. El gobierno trató de alejar á los poderosos enemigos que le cercaban, y envió á diferentes puntos de la Península, Baleares y Canarias á los generales senadores, señalando á Serrano su cuartel en Arjona.

Los generales O'Donnell y Messina quedaron ocultos en Madrid. Serrano, de acuerdo con el centro de